

recién llegado a Madrid, donde publica su segundo libro "Una señal de amor". Venía de La Mancha y ofrecía un pasado campesino y autobiográfico semejante al de Miguel Hernández. No era el "pastor-poeta", ciertamente; pero había ejercido oficios duros en su pueblo y, desde esa experiencia honda y tierna a la vez, canta lo que ha vivido, con dolor resignado, desde su reflexión y soledad, donde no está ausente un modo de entender la condición humana, en el que el "yo personal" se hace requisitoria social en favor de una vida justa y solidaria".

Es, naturalmente que lo es, desde el principio hasta el final de toda su breve pero intensa producción poética, una voz clamante. Hay en ella mucho de conmovedor que resquebraja el silencio y la indiferencia. Su palabra, insoslayablemente campesina y veraz, cruje como el pan diario. Un amoroso viento tocable y hermoso, reluciente como son todas las cosas que, fraternas, nos acompañan aquí y allá y nos sonríen mirándonos, envuelve e ilumina esta poesía ahondadora y purísima. Eladio Cabañero escribe como vive, y escribe lo que vive. Para él el arte no es evasión ni entretenimiento. Pinta o fotografía los sentimientos que en su entorno se lamentan, más lo hace sin detenerse un instante a regodearse estéticamente en la contemplación de la herida, antes al contrario, busca siempre reconciliar con la tierra, esta tierra que nos sostiene y levanta, esta tierra que es estremecimiento y raíz. Eladio Cabañero cuyo primer poemario "Desde el sol y la anchura", data de 1950, no viene de sí mismo ni hacia él va. Va y viene de observar tercamente la realidad, esa realidad que, despaciosa y queda, tanto discurrea y mendiga. Toda la poesía de Eladio es un discurso sagrado y conmovedor construido de aliento vegetal, un aliento en el que se escuchan los árboles, las piedras y las personas. Las personas en el paisaje estremecido y duro de La Mancha son piedras y árboles, los escasísimos árboles castellanos que parecen pordiosear su propia sombra. A contraluz del sol de los relatos y el discurso lírico de Eladio Cabañero se acierta a descubrir el envés escalofriante del otro lado del mundo: Toda la otra historia, levísima aunque áspera, con las narraciones de su cotidianidad perenne o eternizada, sus sucedidos coloquiales, su paz, su emoción, esa mínima sencillez arrebatada y tanto pensamiento condensado e íntimo que envejece y arruga hasta la piel del alma.

Superado el retoricismo inicial y paisajista de su primer libro, la voz de Eladio Cabañero se va convirtiendo en un cada vez más penetrante y entrañado arrimo a la tierra, al resplandeciente maridaje con la tierra, a la subyugante raíz animada de la tierra o a este terrón labrantío, puesto de pie bajo los cielos, que es siempre el habitante de La Mancha, todas estas criaturas solas de los campos de Tomelloso o el poeta mismo dejando cada mañana de ser niño y aviejándose cada vez más rápidamente. En los versos llanos y extendidos de Cabañero palpita conmovedor el realismo estremecido de su entorno rural que su voz salmódica sacraliza. Las palabras de Eladio envuelven al lector como en una gracia bíblica, suave y áspera al mismo tiempo, como una salutación humanísima, como unos "buenos días" que conceden el cotidiano y requerido alimento del pan, este pan de Eladio que se dijera divinidad vernácula.

En un interesante y exhaustivo estudio de Pedro A. González Moreno, "Aproximación a la poesía manchega" se nos dice: "La voz humana, demasiado humana, de Eladio Cabañero quizá nos deja en la mirada los posos dulciamargos del desencanto. Pero nos deja, ante todo, un temblor de pureza, una vibración de autenticidad. Su poesía está, además, imantada de una poderosa carga emotiva. Prescinde del